

monje de Cluni como Gregorio VII., hace al propio tiempo su irrupcion en Castilla la milicia Cluniacense, que al poco tiempo invade las mejores sillas episcopales de la iglesia española. Y bajo el mismo influjo dos condes franceses, soldados aventureros que vienen á buscar fortuna á España, obtienen la mano de dos princesas españolas, y se hacen troncos de dos familias de reyes, de Portugal y de Castilla.

VIII.

Era destino de España tener que luchar y combatir siglos y siglos; con estrañas gentes antes de alcanzar su independencia, con sus propios hijos antes de lograr la unidad.

Cuando derrocado el imperio Omniada y conquistada Toledo, parecia no restar á las armas cristianas sino volar de triunfo en triunfo, viene otra irrupcion de bárbaros mahometanos, los africanos Almoravides, numerosos como las arenas del mar que han atravesado. Terribles fueron sus primeros ímpetus. En Zalaca hacen rodar las cabezas de cien mil guerreros cristianos, y en Uclés perece la flor de la nobleza castellana,

y pierde Alfonso su tierno hijo Sancho, único heredero varon del trono de Castilla, luz de sus ojos y solaz de su vejez, como él le llamaba. No sucumbió, pero alejóse por indefinidos tiempos el triunfo de la independencia española.

Y cuando parecia que el enlace de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragon habria de ser el lazo que uniera ambas coronas y el preludio de una próxima unidad nacional, frústranse todas las esperanzas y fallan todos los cálculos de la prudencia humana. El génio impetuoso y áspero del aragonés, y las facilidades y distracciones poco disimuladas de la reina de Castilla, convierten el consorcio en manantial inagotable de discordias y agitaciones, de guerras y disturbios, de tragedias y calamidades sin cuento, en Castilla y Aragon, en Galicia y Portugal, entre esposo y esposa, entre madre é hijo, entre princesas hermanas, entre prelados y nobles, entre vasallos y soldados, de todos los reinos, de todos los bandos y parcialidades: laberinto intrincado de bastardas pasiones, y episodio funesto que borraríamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria. Matrimonio fatal, que difirió por mas de otros trescientos años la obra apetecida de la unidad española; hasta que otra reina de Castilla y otro rey de Aragon, mas virtuosos y mas simpáticos, y unidos en mas feliz consorcio, enlazáran indisolublemente las dos diademas. ¡Pero han de trascurrir trescientos años todavía!

Por ventura ese mismo monarca aragonés, grande agitador de la Castilla, revuelve luego sus armas contra los infieles, y dase tal prisa á batallar que con razon se le aplica el sobrenombre de *Batallador*. Conquista á Zaragoza de los Almoravides, la hace capital del reino, y ensancha el Aragon hasta los términos que hoy tiene. Veníanle estrechos al hazañoso aragonés los límites de la Península, y con igual arrogancia salva las Alpujarras y saluda las costas del otro continente, que franquea los Pirineos y toma á Bayona. La batalla de Fraga privó á España de este robusto brazo,

Una solemne fiesta religiosa se celebraba en la catedral de Leon poco antes de mediar el siglo XII. Un personage, que llevaba en sus hombros una rica vestidura primorosamente trabajada, era conducido al altar mayor entre el rey de Navarra y el prelado de la diócesis. Colocábase en sus manos un cetro; en su cabeza una corona imperial de oro puro guarnecida de piedras preciosas. Entonábase el *Te Deum*, y las bóvedas del soberbio santuario resonaron al grito de: *Viva el emperador Alfonso!* España tenia ya un emperador y este emperador era el hijo de Urraca, Alfonso VII., que sin ser mas que rey de Castilla se encontraba una especie de rey de reyes y gefe de príncipes y soberanos. Rendíanle vasallage los emires de las principales ciudades musulmanas: el rey monje de Aragon se habia puesto bajo su dependencia: el de Navarra le daba por su mano la investidura imperial: reconocíanle su

primacia los condes de Barcelona, de Portugal, de Tolosa, de Provenza y de Gascuña, y el imperio castellano se estendia desde el Tajo hasta el Ródano, y desde Lisboa hasta Burdeos. ¡Admirable engrandecimiento, que no era de esperar tras el turbulento y aciago reinado de Urraca! «¡Por Dios vivo, exclamó el rey «Luis el Joven de Francia, cuando vino á visitar á «Toledo, que no he visto jamas una corte tan brillante, y que sin duda no existe igual en el universo!» Aun rebajando la parte hiperbólica con que acaso el esposo de Constanza quisiera lisongear á su suegro Alfonso, dedúcese todavía la brillantez que habia alcanzado la corte de Castilla, tan modesta no hacia muchos años.

Verificanse á poco importantes cambios en la España cristiana. La union de Aragon y Cataluña bajo un solo cetro hecha en sazón oportuna por medio de un acertado matrimonio, convierte los dos estados en un vasto y poderoso reino, que veremos irse saliendo fuera de sí mismo, difundirse por Europa, dominar en el Mediterráneo, dar reyes á Nápoles y Sicilia, agregar coronas á coronas, y traer á España la mitad de Italia.

En cambio Portugal se emancipa de Castilla y se erige en reino independiente. Desde entonces aquel reino, especie de giron violentamente rasgado del manto real de España, floran arrancado de la corona de Castilla, enmienda hecha por los hombres á las leyes

naturales de la geografía, ó sirve de embarazo para la grande obra de la unidad, ó de manzana de discordia disputada con éxito vario hasta los tiempos de los Felipes de Austria, acá ya en los siglos XVI y XVII.

Aun sufre mayores trasformaciones la España sarracena. El Africa era en aquellos siglos para España lo que en otros tiempos habia sido la Germania para el imperio romano: semillero inagotable de razas, de tribus y de pueblos, dispuestos á invadirla sucesivamente, siendo aqui como alli los que venian detrás los mas agrestes y feroces. Alli eran godos, suevos, vándalos, francos y hunos: aqui eran árabes, sirios, egipcios, Omniadas, Almoravides y Almohades. Todos habian venido ya menos estos últimos, los discípulos y sectarios de *El Mahedy*, nuevo profeta que se anunciaba como apóstol y gran reformador de los musulmanes degenerados y corrompidos. Los Almoravides atacaron aquellos cismáticos del dogma musulmico, pero mas afortunados ó mas fogosos los *unitarios* ó Almohades, les toman sucesivamente á Tremecen, Fez, Salé, Tanger, Ceuta y Marruecos, que hacen la capital del imperio. La consecuencia inmediata de cada nueva dominacion que se levantaba en la Mauritania era la invasion de la península española; y Abdelmumen, gefe de los Almohades, sigue en el siglo XII. el ejemplo y el camino de Yussuf, gefe de los Almoravides en el XI. Los Almohades arrojan de España á los Almoravides, como estos habian arrojado á los Beni-Omeyas, y Abdelmumen se

poseiona del vasto imperio de Yussuf, aunque cercenado por los cristianos. Estos no tienen ya que pelear con árabes, sino con moros de pura raza africana.

Mientras Almoravides y Almohades se revolvian en mortíferas guerras, los Castros y los Laras, los Alfonsos de Castilla, Leon y Portugal se destrozaban en sangrientas discordias. Ni cristianos ni moros acometian empresa de importancia. Ocupábanse los correigionarios en devorarse entre sí.

Un rey de Castilla emprende una atrevida incursion por tierras musulmanas. Llega á Algeciras, y desde alli envia un arrogante reto al emperador almohade de Marruecos. «Puesto que no puedes venir contra mí, le dice, ni enviar tus gentes, envíame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás y pelearé contigo en tu misma tierra.» Reto imprudente y fatal, que costó á los españoles la memorable derrota de Alarcos, solo comparable al desastre que ciento doce años antes habian sufrido en Zalaca.

Afortunadamente un largo armisticio siguió á la catástrofe de Alarcos, y no fué menor suerte que los monarcas cristianos aprovecharan esta tregua feliz para arreglar sus querellas y prepararse á una guerra nacional.

La voz del pontífice se hace oír en toda la cristiandad á principios del siglo XIII. exhortando á los príncipes y á los pueblos á que ayuden á la gran cruzada, no ya contra los turcos de la Palestina, sino contra los

moros de España. Procesiones, rogativas y ayunos públicos anuncian en Roma que el mundo se halla en vísperas de presenciar un gran suceso, que habrá de interesar á todo el orbe cristiano. Este suceso habia de acontecer en España, donde se ventilaba la causa de la cristiandad mas que en la Tierra Santa. En Roma se paseaba el *Lignum Crucis*, y en Toledo se congregaban cinco reyes españoles, mientras el nieto de Abdelmumen cruzaba el estrecho de Gibraltar con cuatrocientos cincuenta mil guerferos mahometanos, el más formidable ejército que jamás el Africa habia lanzado contra Europa. Avanzan los infieles, y los cristianos avanzan tambien. Se avistan unos y otros, y se da el famoso combate de las *Navas de Tolosa*, la mas grandiosa lid que desde Atila habian visto los hombres. Cuatro dias doraron los rayos del sol abrasador de julio las altas cumbres de Sierra Morena, antes que el mundo pudiera saber quién habia salido vencedor, si el estandarte de Cristo ó el pendon del Islam. El resultado glorioso le pregonan y canta la iglesia española en la fiesta religiosa y nacional que en conmemoracion de aquel dia feliz celebra todavía bajo la advocacion de el *Triunfo de la Santa Cruz*.

Como en los campos de Chalons se habia decidido la causa de la civilizacion contra la barbarie, asi en las Navas de Tolosa se decidió virtualmente la causa del cristianismo contra el Koran. Doscientos mil combatientes del septentrion quedaron en los campos Ca-

taláunicos; doscientos mil guerreros del Mediodía sucumbieron en los campos de las Navas. El soberbio gefe de los unos habia sido rechazado á los bosques de la Germania; el altivo gefe de los Almohades se retiró á devorar su desesperacion en el serrallo de Marruecos. Ambas causas triunfaron con la misma sangrienta solemnidad.

Desde la terrible rota de la Navas quedó el imperio almohade en el mismo desconcierto, en la misma anarquía y flaqueza que habia quedado el imperio omniada desde el revés de Calatañazor. Los cristianos avanzarán ya siempre, y nunca retrocederán. Ya no hay equilibrio; la balanza se ha inclinado.

A poco tiempo se sientan casi simultáneamente en los tronos de Aragon y de Castilla, en el uno un conquistador, en el otro un conquistador y un santo: si dramático ha sido el nacimiento del aragonés, tambien ha sido dramático el ensalzamiento del castellano. Jaime I. ciñe las dos coronas de Aragon y Cataluña; Fernando III. vuelve á unir en sus sienes las de Castilla y Leon para no separarse ya jamás. El esforzado aragonés aventa los moros por Oriente, el brioso castellano los estrecha y acorralla por Mediodía. El Conquistador se apodera de las Baleares, último refugio de los Almoravides, y toma á Valencia, la ciudad del Cid. El rey Santo, se posesiona de Córdoba la corte de los Califas, y planta el pendon castellano en la Giralda de Sevilla, la ciudad que habia reemplazado y excedia ya á Cór-